



EL METALURGICO



Órgano de la Federación Nacional
de Obreros metalúrgicos y similares de España

REVISTA MENSUAL

Redacción y Administración: Plamonte, 2, Casa del Pueblo.

De organización

Una buena organización obrera nacional deberá tener ante todo en cuenta que el mundo obrero es un mundo sometido a un cambio constante, en el cual subsisten las formas primitivas de organización, que hay que acoger y cultivar, sin perjuicio de consolidar especialmente aquellas estructuras que más respondan al grado de desarrollo industrial o a la especial fisonomía de la vida económica de la nación.

Una buena organización obrera no puede perder de vista las estructuras más perfectas que el mundo del trabajo ha alcanzado o tiende a conseguir en los países más adelantados.

Aun en los pueblos retrasados en la vida industrial, la atención a las formas más perfeccionadas es indispensable, dado que la vida obrera es una vida de continua experimentación y de continuo progreso.

Una buena organización no puede nunca sentirse satisfecha con la adopción de una fórmula considerada como definitiva.

La organización obrera constituye un problema más interesante y más complejo de lo que suponen las gentes que miran estas cuestiones con un espíritu pedantesco y superficial.

Julían BESTEIRO

Temores infundados

De vez en cuando se levantan voces amigas temerosas de que el Sindicato anule la personalidad política de sus componentes, creyendo, equivocadamente, que la Asociación profesional antepone, sistemáticamente, a todos los intereses el económico. Lógicamente, hay que suponer que esa personalidad política que se teme sea anulada es la socialista, y no otra. Además, aunque no se la nombra, no es preciso ser un lince para comprender que la alusión va dirigida a nuestra Unión General de Trabajadores de España.

Desde luego, puede afirmarse que dichos temores son infundados y que no tienen por base ningún hecho concreto en la historia de la Unión General, como tal organismo obrero nacional, ni en la de sus Federaciones, Sindicatos y Secciones. Al contrario, la Unión ha contribuido y contribuye de manera extraordinaria a sostener y, en muchos casos de crisis de orden político, a dar relieve a esa personalidad en un grado que no podría hacerlo ningún partido.

Francoisco L. CABALLERO

Los Comités paritarios

Hay en el campo obrero personas de significación, pocas, desde luego, para las cuales la campaña en favor de la creación de los Comités paritarios es una cosa sin importancia.

Bastaría con leer las peticiones de Primero de Mayo de hace unos años para ver en ellas alguna reclamación que significaba el anhelo de la constitución de esta clase de organismos.

Los Comités paritarios son necesarios, convenientes y oportunos. El defecto está en que no funcionan con la debida autonomía, por carecer el Poder público de presidentes debidamente preparados. Y por no dejar que se formen, por no concederles autoridad y prestigio en el ejercicio de sus cargos.

Algo se hizo para apartar la política con vincular el nombramiento en el ministerio, quitándole de manos de alcaldes y gobernadores. Pero no es bastante. El caciquismo revive. Lo más acertado hubiese sido dejar a patronos y obreros que, dentro del decreto, sin salirse de él, hubiesen designado libremente las personas para los cargos directivos, retribuidos, desde luego, pero con moderación.

Hacen falta Comités paritarios. Y Bolsas del Trabajo. Y vacaciones pagadas. Y subsidios de paro. Y de enfermedad. Y contratos de trabajo. Y reglamentación del aprendizaje. Hace falta todo eso, que necesita con urgencia la clase obrera.

Siendo socialistas, ¿vamos a abandonar la defensa de los trabajadores, con olvido de nuestros principios, de nuestra táctica, de nuestros ideales? No. Sería un error.

Si la república viniera a España, yo defendería los Comités paritarios igual que lo hago con la monarquía, sin colaborar por eso con aquella ni con ésta. Colaborar, sí, con la clase trabajadora.

Con el capitalismo, con la Iglesia, con el militarismo, con los partidos radicales, con los grupos de las derechas, no.

Al contrario. Lo que necesita España es un fuerte Partido Socialista, desligado de todos, que tenga fe en su destino y trabaje para decirles: ¿cuándo vamos a dejar de ser carne de cañón? Los que desde el Poder fueron crueles con la clase obrera, no es de suponer, si volvieron, que cambiasen de procedimientos. Nosotros no creemos en arrepentimientos de políticos reaccionarios.

Andrés SABORIT

Antes que nada, organización...

Asociación. Es la única supervivencia para los seres débiles.

En artificios para la conservación de la fuerza y de la vida nos ofrece la Naturaleza magníficos ejemplos. No hay más que saberlos emplear.

JULIO SENADOR GÓMEZ.

El camarada y amigo que asume en estos momentos críticos—por mandato imperativo de la voluntad colectiva—la difícilísima misión de darle al contenido literario de estas páginas «emoción» y «suficiencia» en grado superlativo, para lograr producir entre los metalúrgicos españoles inquietudes y afanes por robustecer su personalidad sindical, y un sentimiento ejemplar de dignidad ciudadana, me pide—con la autoridad que le concede su cargo—unas cuartillas para EL METALURGICO, que sean, en esta fecha conmemorativa del Primero de Mayo, la expresión viva del sentir unánime de aquellos compañeros que en la ciudad levantina siguen la táctica sindical de nuestra Federación Nacional.

¿Escribir un artículo? ¿Y de qué «podemos» o «debemos» hablar a los camaradas?

¿De organización sindical? ¿De su intervención en la vida política de España? Difícil es fijar los términos más perentorios en los cuales se señale el alcance de nuestra propaganda escrita. Son tantos los problemas que debieran preocupar la atención de la masa obrera, y es tan escaso el sentimiento de solidaridad que se manifiesta entre la clase trabajadora, que forzosamente habremos de silenciar los conceptos de ciudadanía que brotan espontáneamente de nuestra pluma, para predicar y defender, en primer término, la necesidad de que los obreros se asocien y logren dejar de ser cosas, para transformarse en hombres.

¿Que esto es una propaganda elemental? Ya lo sé. Elementalísima. Pero aun siéndolo tanto, por haberse repetido millones de veces que «la unión es la fuerza», y que «el obrero aislado es víctima de la avaricia burguesa», no es menos cierto que hoy, vencidos ya los primeros veintiocho años del siglo XX, aún hay obreros, ¡millares de obreros!, que viven separados de la organización, dominados por un temor incomprensible, prescindiendo a trabajar en los talleres en condiciones tales de inferioridad y de incertidumbre, que hacen de esos hombres seres inconscientes de su misión social.

Agrupar a esos hombres, educarles, instruirles, incitarles al perfeccionamiento de su personalidad profesional, esa es, a mi modesto juicio, la misión primordial a la cual debemos dedicar todos nuestros esfuerzos y toda nuestra valía.

Es cierto que en todo momento las minorías capacitadas han impulsado, con su poderosa voluntad, la marcha progresiva de la Sociedad, y es verdad también que algunas veces han impuesto al resto de los ciudadanos su criterio y su voluntad.

Pero ¿debe ser ésa la aspiración nuestra? No; de ninguna manera. Cuanto mayor sea el número de hombres agrupados y sometidos por su propio convencimiento a las leyes que regulen la vida de nuestras organizaciones, forjadas por la voluntad colectiva de los asociados, mayores—y más sólidas—serán las bases sobre las cuales se asienten el derecho y la justicia que luchamos por establecer. ¡Primero, organización!

La difusión del ideario sindical que informa el articulado de nuestra Federación, con la difusión detallada de todo cuanto constituye una sana política de previsión sindical, es un tema sobradamente interesante para que—aunque sea por propio interés personal—se inicie entre los inconscientes un deseo incomprensible de organizarse.

La racionalización de la industria; la visión que nuestro organismo nacional tiene de este problema; el alcance que para la transformación gradual de la metalurgia tiene la aplicación de las soluciones que nuestra Federación considera indispensables para el afianzamiento en lo futuro de la potencialidad constructiva que esta profesión debe atesorar, son problemas fundamentales que deben producir entre los metalúrgicos españoles afanes de enseñanzas, estímulos por conocer el alcance y la tra-

yectoria que la ciencia impone al maquinismo en la vida moderna.

Sin organización, sin estar asociados los obreros, es inútil intentar la resolución de estos asuntos. Matará en flor nuestras aspiraciones la incultura de la masa anónima.

Es posible que en el concierto de voces que hoy conmueven desde estas páginas la efemerides gloriosa del Primero de Mayo desentonen estas palabras mías por el pesimismo que en apariencia encierran; pero yo prefiero decir en estos instantes de júbilo algo de lo mucho que impide nuestra marcha progresiva hacia lo futuro, por si el esfuerzo de todos los hombres quiere coordinarse para esta labor ejemplar.

Pascual TOMAS

La Escuela Obrera Socialista

La Agrupación Socialista Madrileña, la Federación Nacional de Juventudes Socialistas y la Juventud Socialista de Madrid han dado cima al bello proyecto de creación de una Escuela Obrera, ya en funciones en la Casa del Pueblo. En ella cursanse cuatro asignaturas de indudable interés: Nociones preliminares, Francés, Prácticas sindicales y Legislación social, a cargo cada una de ellas, respectivamente, de los competentes camaradas Felipe A. Cabezas, Enriqueta de Palma, Tritón Gómez y Lucio Martínez. A cincuenta elevase el número de compañeros inscritos como alumnos. Bien. La Escuela Obrera Socialista de Madrid es una realidad. Ya cuentan las colectividades que conviven en la Casa del Pueblo con un buen elemento de orientación y de capacitación societaria y política. Pero ¿está todo hecho? No, por cierto. Y de ahí la motivación de la presente nota, que el Grupo de Prensa de la Juventud Socialista Madrileña decide a publicar, ante la incomprensible frialdad con que parece haber sido acogida por la mayoría de las organizaciones obreras la constitución de esta Escuela.

Comencemos por reconocer lealmente la necesidad, que dejase sentir cada día más imperiosamente, de que la clase obrera se capacite y adquiera la necesaria cultura para poder afrontar y resolver con éxito los magnos problemas que le atañen; reconocimiento que nos hará comprender que debemos ser nosotros los más interesados en proporcionarnos los adecuados elementos culturales y educativos de que hemos menester, con medios nuestros, con dinero nuestro, si de veras deseamos una sana orientación que no nos desvíe un ápice de las convicciones que nos son más queridas. Queda, pues, destacada la enorme importancia que para el proletariado organizado tiene toda tarea de esta índole. Y, con ello, la obligación que todos adquirimos de prestarle calor y ayuda.

Porque esta Escuela Obrera—modesto ensayo de lo que algún día querremos sea la Universidad Obrera, hacia cuya implantación tienden todos nuestros esfuerzos—viene a llenar un gran vacío en nuestros medios y a realizar una labor a todas luces meritoria y digna de todo encomio.

Piénsese, si no, en los beneficios que reportará a nuestra clase sindicada la preparación de un buen núcleo de camaradas, jóvenes y animosos, bajo la acertada y competente dirección del profesorado, y si, además, tiénese en cuenta lo indispensable que nos es la posesión de una cultura general y lo difícil de alcanzarla por medios autodidácticos, comprenderemos el hermoso cometido que viene a desempeñar esta Escuela.

Es, pues, deber de todos tomar preocupación por su desarrollo y próspera vida, y muy especialmente de las organizaciones obreras y de la Casa del Pueblo, disponiéndose prontamente a la prestación de su ayuda moral y material, para que la Escuela pueda contar en breve tiempo con cuantos elementos le son indispensables para su más cómodo desenvolvimiento, pues ha de saberse que hasta el día viene funcionando gracias a la generosa y ejemplar hospitalidad de la veterana Sociedad de Albañiles El Trabajo, en cuya Secretaría verifican las clases.

¡Compañeros: Un esfuerzo por y para la Escuela del militante obrero!

El Grupo de Prensa de la Juventud
Socialista Madrileña.

PRIMERO DE MAYO DE 1929



LA ENFERMEDAD Y EL PARO FORZOSO

He aquí las dos plagas siniestras que azotan cruelmente los hogares obreros, cuyos efectos podrían ser, si no corregidos, atenuados, si tuviésemos la base múltiple en nuestra Federación.

¡Que el Primero de Mayo de 1929 sea el fin de nuestras miserias, compañeros!

Procedimientos de obtención y métodos de moldeo de la fundición gris

Con sumo placer publicamos a continuación la conferencia que D. Joaquín Ferrer y Figueras explicó hace poco a los metalúrgicos de Zaragoza, y que ha tenido la delicadeza de mandarnos, por cuya atención le estamos muy reconocidos, sintiendo no poderla publicar en un solo número:

«Las inmerecidas, elocuentes y benévolas palabras que vuestro digno presidente tiene la atención de dedicarme demuestran, de un modo claro, el proceder de esta casa al recibir tan cumplidamente a quien, como yo, sólo tiene en su haber el deseo de seros útil.

Cuando recibí vuestra invitación para daros una conferencia, medí mis fuerzas, y, aun viéndolas insignificantes, no dudé en venir a ocupar esta ya importante tribuna, por la cual han desfilarado hombres de mucho saber y elevado prestigio, pues sabía que mis escasos conocimientos habrían de ser suplidos, con creces, por vuestra benevolencia.

También pensé, en un principio, hablaros de los procedimientos técnicos de que el hombre de laboratorio se vale para llegar a conocer científicamente la fundición gris; pero imaginando que iba a ser éste un tema algo árido, y sabiendo, si no estoy mal informado, que ésta es la primera vez que una persona del oficio os hablaba de asuntos metalúrgicos, opté por haceros una especie de presentación o resumen de los métodos de obtención y procedimientos de trabajo de esta misma fundición gris, dejando así el campo abonado para que otras personas, con más autoridad que yo, puedan concretar más en la elección de sus temas.

Ateniéndome, pues, al mío, he dividido mi lección en tres partes: Qué es la fundición gris, cómo se obtiene la fundición gris y cómo se moldea la fundición gris, y tan sólo por su enunciado, comprenderéis cuán vagos han de ser los conocimientos que pueda exponer.

Todos, absolutamente todos los cuerpos que en la Naturaleza existen, ya sean del reino orgánico o mineral, ya sean seres vivos o inanimados, están constituidos por una serie de elementos simples, cuyo número no llega a noventa, y que la química los divide, para su estudio, en dos grandes grupos: en metales y metaloides. De ambas series tenéis vosotros idea de algunos de ellos, pues forman parte de los metaloides el carbono, silicio, fósforo, azufre, y de los metales, el níquel, plomo, cobre, etc., y por encima de todos ellos, destacándose con más vigor y como presidiéndolos, se encuentra nuestro metal: el hierro.

Habréis oído alguna vez que a ciertos metales, y por alguna de sus propiedades, siendo, seguramente, la más importante su elevado precio, se les da el nombre de nobles, pudiendo citar entre ellos el oro y el platino. Pues bien: si el hierro no es un metal noble por naturaleza, lo es porque el hombre se ha encargado de ennoblecerle a fuerza de luchas y desvelos, llegando a alcanzar, en algunas de sus manifestaciones, precios verdaderamente grandes. ¿Habéis pensado alguna vez lo que puede valer un kilo de esas diminutas ruedecillas de un reloj de pulsera? Pues es hierro, el mismo hierro que se emplea en las armaduras de una casa en construcción, o en el cilindro de una apisonadora. Decidme, pues, si el hombre no ha sacado partido de este metal.

El hierro puro, salvo muy raras excepciones, no se encuentra libre en la Naturaleza; siempre está unido a otros elementos, formando esa crecida serie de minerales de hierro, cuyas clases principales son: los óxidos, sulfuros y carbonatos, y por lo que a nosotros se refiere, el más importante es el óxido, pues de él se parte para obtener el hierro. Este mineral resulta de la combinación del oxígeno con el hierro.

Digo que puro no se encuentra en la Naturaleza, y digo mal, porque así se ha encontrado en ciertos bólidos caídos de otros astros, de otros mundos, para demostrarnos que las condiciones físicas de estos mundos son completamente distintas a las del nuestro.

Los yacimientos de minerales de hierro son muy importantes en todo el mundo; pero en las naciones que más abundan, por orden de importancia, son: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, España y Francia.

El hierro completamente puro no tiene ninguna importancia práctica: es muy agrio, se trabaja mal y, además, es muy difícil de obtener, si no se recurre a procedimientos de laboratorio, siempre caros y costosos.

Por esto os decía antes que las condiciones físicas de estos otros mundos deben de ser distintas a las del nuestro, porque allí existe al estado libre, y aquí, si le queremos obtener, ha de ser por procedimientos de laboratorio, que son siempre procedimientos forzados.

Digo, pues, que el hierro, para ser útil al hombre, ha de estar unido a otros elementos, y según sean estos elementos, o las proporciones en que entran, resultan aleaciones muy diferentes; pero que, de un modo general, pueden reunirse en estos tres grupos: hierros dulces, aceros y fundiciones.

De los elementos dichos, unos acompañan siempre a toda aleación ferrosa, y pueden considerarse, por decirlo así, como impurezas de fabricación; los otros los añade el hombre intencionadamente, en determinados casos, cuando quieren darse a la aleación cualidades especiales. Los más importantes de los primeros son: Carbono, silicio, manganeso, fósforo y azufre, siendo estos dos últimos malos amigos del hierro; es decir, que una aleación ferrosa será tanto peor cuanto mayor sea la cantidad de azufre y fósforo que contenga. Por el contrario, los otros tres, dentro de ciertos límites, favorecen sus propiedades físicas, y como quiera que no disponemos de tiempo para examinar la acción que ejerce cada uno de estos elementos, me he de limitar a ver solamente el más importante, el que caracteriza a cada grupo: el carbono.

Si una aleación de hierro contiene desde unas milésimas hasta 4 ó 6 décimas por 100, constituye el hierro dulce, metal que, como sabéis, funde a más alta temperatura que los demás, es más pesado que los restantes (en ciertos casos especiales, no), se forja bien, se suelda bien y no admite el temple.

Si la cantidad de carbono aumenta, aparecen entonces las características del acero, que son dureza y temple, hasta que llega a contener un 2 por 100 de carbono. Pasando de este límite (aproximado, desde luego), pierde dureza, se hace frágil y va perdiendo las propiedades de soldarse, forja y temple; es que nos vamos introduciendo ya en el campo de las fundiciones: blancas al principio, atruchadas después y grises por último. Cuando el carbono pasa de un 6 por 100, las aleaciones que resultan no tienen valor industrial, por ser excesivamente quebradizas.

Los otros elementos mencionados varían también en progresión ascendente, aunque en cantidades menores: silicio, 0,1 a 3 por 100, y manganeso, de 0,05 a 1 por 100, según sea hierro dulce o fundición gris. Azufre y fósforo son malos compañeros de todas las aleaciones ferrosas, y cuanto menos contengan, mejores serán sus cualidades.

Los otros elementos que la técnica señala y la práctica usa se reservan casi exclusivamente para los aceros, y según sean las cualidades que se quieran obtener, serán los cuerpos que se añadan. Así, por ejemplo, si se quiere obtener un acero muy duro, se adiciona manganeso o cromo; si se desea muy tenaz, debe añadirse tungsteno, vanadio o molibdeno; si lo que se quiere es que resista bien al fuego, silicio; si al agua y al aire, níquel y cobalto, etc.

Puntualizando, pues, diremos que la fundición gris es una aleación de hierro que contiene de 2 a 4 por 100 de carbono (ya como tal o como grafito); 2 y medio por 100, de silicio; 0,8 por 100, de manganeso; 0,06 por 100, de azufre, y 0,15 por 100, de fósforo; números que, como podéis comprender, varían mucho, según los casos.

Para terminar esta presentación del hierro, os diré que temo por su vida, pues es tanto el consumo que de él se hace, y vivimos tan de prisa, que ha de llegar un momento en que las existencias de este metal se agoten, y ¿qué será entonces de la Humanidad?

Afortunadamente, el problema se vió antes de llegar, y el hombre de ciencia y de estudio, aprovechándose de esos enormes mares de arena y de estas grandes cantidades de arcillas, en sus múltiples variedades, que la Naturaleza nos proporciona, pretende arrancar, y arranca, de sus entrañas el silicio y el aluminio, que han de ser, y casi son, los metales de un mañana no muy lejano.

Pasemos ya al segundo punto de la conferencia; pero antes quiero haceros un poco de historia.

El hombre de estudio que dedica sus energías a conocer las condiciones en que vivían nuestros antepasados se ve en grave aprieto cuando la historia se remonta más allá de la civilización egipcia: hablo de hace diez mil años; y tiene que ir de deducción en deducción y de hipótesis en hipótesis, sacadas de vestigios más o menos exactos, para darnos los contradictorios y vagos datos que tenemos de aquellos tiempos.

Pero, fuere lo que fuere, lo cierto es que en esa época, el hombre, en estado completamente salvaje, el hombre de las cavernas, forzosamente había de aprovecharse, en las necesidades de su vida, de aquellos elementos que la Naturaleza proporciona de un modo inmediato; sus vestidos eran hojas de árbol, sus armas eran de piedra, como de piedra eran también los pocos utensilios que en su modo de vivir necesitaba. A esta época, como vosotros no ignoráis, se la conoce con el nombre de edad de piedra.

Pasó el tiempo, y el hombre se introdujo algo más en los arcanos de la Naturaleza, y conoció ya aquellos metales, como el oro y la plata, que por encontrarse libres, le fueron más asequibles. Profundizó más, y llegó a conocer el cobre, hierro, estaño y plomo; aunque me inclino a creer que antes que el cobre conociera el hierro, por la sencilla razón de que es más abundante y se obtiene con más facilidad; y son muchos ya los que niegan la existencia de la edad de bronce.

Los romanos, pueblo culto por excelencia, y buena prueba de ello son los testimonios que de esa civilización conservamos, a pesar de los dos mil años transcurridos, y que todavía se estudia su Derecho en nuestras Universidades, anduvieron, por lo que a la metalurgia se refiere, muy retrasados, pues tan sólo pudieron apuntarse un tanto en su honor: el haber descubierto el mercurio. Así llegamos hasta el siglo XV, sin más variación que haber añadido en esa época los nombres de cinc, antimonio, bismuto y algunos más a la lista de los metales conocidos, y solamente desde el siglo XVIII hasta nuestros días es cuando se han conocido los demás metales.

Cito todo esto para que veáis el proceso que ha seguido el adelanto humano en el extenso campo de la metalurgia; es decir, que en doscientos años escasos ha conseguido el hombre lo que no consiguió desde que el mundo es mundo, y como la civilización va en progresión geométrica, decidme qué será de este mundo de aquí a doscientos años más. Nadie lo puede decir, y yo solamente os diré que nosotros no lo podemos ni soñar, porque no lo conocemos, del mismo modo que nuestros bisabuelos no pudieron soñar los tiempos actuales.

Los primeros datos que tenemos de cómo se obtiene el hierro nos dicen que nuestros antepasados verificaban la reducción del mineral óxido de hierro con carbón de madera, en una suerte de hornillos, cilíndricos, de arcilla, de un metro de alto y 30 centímetros de diámetro, o bien en especie de fraguas excavadas en el suelo, e insuflaban el aire con fuelles formados por hojas de árbol y troncos de bambú, y con ello llegaban a obtener una masa de hierro más o menos pastosa y esponjosa, la que martilleaban por dar forma a los más variados objetos.

En la Edad Media, la industria del hierro se había desarrollado ya en todas las naciones, pero el procedimiento de elaboración era siempre rudimentario, y únicamente puede señalarse como adelanto importante el sustituir los antiguos fuelles por los contruidos con cuero y madera, de cuyos ejemplares aún podréis ver en las herrerías de algunos pueblos.

En esta época fué cuando obtuvieron celebridad mundial las forjas catalanas, que, en definitiva, no eran más que lo que antes he dicho, y los hierros de Damasco y Toledo.

Pero ya a principios del siglo XIII hubo una verdadera revolución en la extracción del hierro, cuando se varió el sistema de caldeo con objeto de aprovechar más el calor, envolviendo las masas de mineral y carbón en una especie de cubas de mampostería y haciendo funcionar los fuelles para la inyección del aire mediante ruedas hidráulicas. Pero esta especie de alto hor-

no proporcionó sorpresas, en un principio, que pusieron en grave aprieto a los metalurgistas de aquella época, pues por obtener una temperatura más elevada y por haber abundante absorción de carbón, por parte del hierro, no se obtuvo aquel producto pastoso y esponjoso que ellos conocían, sino que consiguieron un líquido incandescente, que una vez frío y sólido, ni se podía trabajar con el martillo, por ser muy frágil, ni se podía soldar sobre sí mismo; es decir, habían llegado, involuntariamente, a obtener la fundición gris.

Pero bien pronto se descubrió que la fundición así obtenida, después de una nueva fusión en determinadas condiciones, y que a nosotros no nos interesa, porque cae fuera de los límites de esta conferencia, resultaba otra vez forjable y de mejor calidad que el hierro que se obtenía antes.

Dos siglos después, la obtención de la fundición gris era ya bastante corriente y se obtenían los más variados trabajos para usos artísticos e industriales.

Visto ya cómo nació la fundición gris, os diré sucintamente las principales transformaciones habidas durante su desarrollo:

En el siglo XVII, o sea cuatrocientos años después, tras grandes y variadas tentativas, se consiguió sustituir el carbón de madera por el de piedra, consiguiéndose con ello mayor temperatura, pues ya sabéis que éste tiene mayor poder calorífico que aquél. Luego se aumentó la altura de los altos hornos, pasando, de los dos y tres metros que en un principio tenían, a alcanzar 10 y 12 metros. Más tarde se perfeccionaron los fuelles, haciéndolos solamente de madera. Al obtenerse el cok, sustituyó éste al carbón de piedra, por igual razón que el de madera fué reemplazado por aquél, y con la invención de la máquina de vapor, a fines del siglo XVIII, se pudieron hacer funcionar los insufladores de cilindros. Por último, se calentó el aire inyectado mediante un rudimentario aprovechamiento de los gases del horno.

Durante este espacio de tiempo fué aumentando la altura del alto horno, hasta alcanzar 18 y 20 metros.

¿Cómo es un alto horno en la actualidad? No os lo voy a decir, porque no es éste el tema que persigo en mi conferencia: aparte de que en cualquier tratado siderúrgico lo tendréis descrito mejor que yo pudiera hacerlo.

Sólo os diré que todos los aparatos, máquinas y detalles a él acoplados, para formar en conjunto una instalación siderúrgica del hierro, han sufrido las variaciones que la técnica y mecánica modernas han señalado.

Lo único que no ha sufrido variación alguna ha sido la reacción que sirve de base para obtener el hierro, ya que es exactamente la misma que la que empleaban nuestros antepasados, sin conocerla; y de esto sí quiero decirlos el fundamento, pues lógico es que un fundidor tenga, por lo menos, idea de cómo viene al mundo el metal que tantísimo trato tiene con él.

Sabéis que el carbón, al arder, como todo cuerpo capaz de producir una combustión, necesita oxígeno para que esta combustión se verifique, y científicamente se llama combustión a la combinación de cualquier cuerpo con el oxígeno, siempre y cuando vaya acompañado de desprendimiento de calor.

Que un cuerpo necesita oxígeno para arder, lo podréis comprender con el conocidísimo ejemplo de aplicar una cerilla encendida en un sitio donde haya abundantes emanaciones de anhídrido carbónico (cito este gas porque es el más conocido), ya sea en un lugar donde haya vino en fermentación, en hornos o estufas mal encendidos o mal apagados, o, simplemente, introduciendo la cerilla en una botella de gaseosa recién destapada. Veréis que la cerilla se apaga en el acto, por falta de oxígeno.

Del mismo modo y por la misma razón, apagaría la vida de una persona, pues habéis de saber que la vida humana no es más que una combustión, lenta, pero, al fin y al cabo, combustión.

Sabiendo, pues, que el carbono, para arder, necesita oxígeno, veamos qué es lo que ocurre en un alto horno. Cargado como se carga (por lo que a nosotros interesa) por cargas superpuestas de mineral y de cok, se encuentra éste, naturalmente, entre dos capas de aquél, y al arder quita el oxígeno que necesita para verificar la combustión de donde más inmediatamente lo encuentra, siendo parte del aire inyectado y parte del mineral (pues, como os decía antes, este mineral está formado por una combinación de oxígeno y hierro).

(Continuará.)

Lo que ha de ser nuestra Federación

Bien quisiéramos nosotros que este Primero de Mayo, el de 1929, fuese el último de nuestra vida federativa pobre y rutinaria. ¿Pesimismo? En manera alguna. Tenemos fe en nuestras convicciones y sabemos que al fin prevalecerán, pese a todos los obstáculos y resistencias.

Pero si la lucha contra el adversario da bríos, y a cada percance sufrido en la lucha se recobran nuevos alientos para continuarla hasta el fin, el combate contra nosotros mismos, contra nuestras propias costumbres y la inercia que produce el respeto a aquéllas, resulta mucho más difícil y arriesgado, sobre todo si se tiene conciencia de que no hay verdades absolutas, que todo es relativo y que lo potente y fuerte para nuestras organizaciones reside en la síntesis que se forma de la libre exposición de ideas y concepciones.

No es para nosotros ignorado, ni ello quebranta en lo más mínimo nuestras esperanzas, que existen divergencias notables, aunque sin trascendencia, en cuanto se refiere a la función que debe desempeñar nuestra Federación y los medios a disponer para llevarla a cabo. Divergencias que se han manifestado, si bien muy livianamente, en el último Congreso ordinario y en el seno del Comité Nacional, reunido hace poco. Y conste que no lamentamos exista alguna disparidad de criterio sobre la estructura que se ha de dar a la Federación; pero sí nos duele que no se haya afrontado con valentía el problema, y quizá hubiéramos ganado algo en la solución apetecida si las páginas de EL METALÚRGICO, brindadas hace ya tiempo para este fin, se hubiesen cogido como tribuna libre para exponer cada cual libremente su pensamiento.

Ya sé que para algunos compañeros no hay problema; todo debe continuar como hasta aquí. Pero esa fórmula acomodaticia, con ser antitética con nuestra propia finalidad, no es tampoco exacta, no refleja propiamente nuestro sentir evolutivo, lo que francamente deseamos, ya que tenemos la aspiración común de introducir la base múltiple en la Federación, practicada hasta aquí solamente por algunas Secciones. Es decir, que ya con esto se aumenta la capacidad interventora como órgano de relación de la Comisión Ejecutiva. Y esto obedece a un objetivo bien determinado: concentrar las cuotas para que la solidaridad sea más extendida, segura y eficaz. Principio que la evolución de la industria nos obligará a generalizarlo en las múltiples aplicaciones que nos depara la actividad de nuestra Federación, y nuestro deber es de procurar ver claro en esa evolución, discernir lo más exactamente posible sus factores y matices diversos para dar a todos la solución apropiada.

Hasta ahora, la Comisión Ejecutiva ha sido un órgano de relación. ¿Puede continuar ejerciendo tan sólo ese modesto papel? Con toda sinceridad respondemos que no. Ni ha sido bueno en el pasado ni es tolerable para lo futuro.

Veamos los inconvenientes que reporta el servir únicamente de órgano de relación.

Supongamos que una Sección, la que sea, en virtud de la autonomía absoluta que ha existido y se quiere mantener, se declara en huelga. No tiene por qué prevenir a la Comisión Ejecutiva, ya que las Secciones son autónomas. Pero una vez declarada la huelga se pide al órgano de relación, a la Comisión Ejecutiva, que intervenga cerca de las otras Secciones para que presten solidaridad con los huelguistas. El órgano de relación tiene que hacer más: tiene que ir, si se le pide, ante las autoridades, ante los Poderes públicos, a reclamar lo que la Sección

en huelga le ordene, sea o no acertado. No podrá opinar, no podrá hacer objeciones; sólo se le permite ejecutar lo que se le exige, para eso es órgano de relación. Si, por ventura, intenta dar un consejo, se desprecia; si desea hacer llegar su criterio a la masa de los interesados, se oculta ese criterio. El órgano de relación no tiene facultades para ello.

Llega el desenlace. Si es de victoria, la Sección se lleva los laureles, y al órgano de relación, como ha hecho una labor oculta, silenciosa, aunque haya sido decisiva en los resultados, se le deja relegado a un plan muy inferior, como a un pariente pobre. Si, por el contrario, hay fracaso, entonces es el órgano de relación, a pesar de que no ha hecho más que obedecer y callar, quien carga con las responsabilidades del desastre.

El papelito se las trae, como dicen los madrileños. Y no se crea que exageramos o que hemos abultado intencionadamente los hechos para hacerlos más perceptibles. En la realidad, tal y como venimos actuando, esto puede suceder, corregido y agravado, y ni es decoroso para hombres que tengan conciencia de su dignidad personal, ni puede favorecer en nada a una organización, sea metalúrgica o de cualquier otra industria.

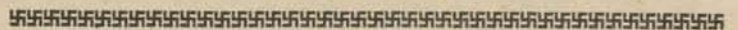
Circunscribiéndonos para el examen, puramente objetivo, que estamos haciendo a nuestra Federación, este sistema de relaciones entre la Comisión Ejecutiva y las Secciones federadas puede tener como punto de apoyo que lo justifique un vicio de origen: la falta de perspectivas que se ha tenido en la constitución y desarrollo ulterior de la Federación, lo cual ha dado lugar a que unas cuantas Secciones, reservándose para sí todos los elementos de lucha, nublasen la personalidad de la Federación hasta hacerla incognoscible sobre el terreno en las luchas sociales. Por no comprenderlo así señalamos esos defectos nocivos de nuestra vida federativa, sin acrimonia, sin apasionamiento, sin vano y pueril deseo de mortificar a nadie de los presentes, ni menos aún de aquellos que la muerte arrancó ya de nuestro lado.

Ahora bien; el respeto a lo que ha sido, la consideración a guardar en los errores, en los cuales convivimos y hasta, si se quiere, participamos, ya que, en definitiva, somos solidarios los unos de los otros, no puede influir en nuestro ánimo para callar cuanto veamos de pernicioso en nuestra vida orgánica, y menos aún reservar la aportación de nuestro pensamiento en la obra transformadora, a la que nos hemos convidado nosotros mismos por imperativo de nuestro leal saber y entender.

Yo declaro, pues, con entera franqueza, que con los Comités paritarios, y más aún cuando se constituya el Consejo de Corporaciones de nuestra industria, la Comisión Ejecutiva de la Federación no podrá ser únicamente órgano de relación, sino también de orientación y dirección. Pensamos, al expresar este concepto, en el órgano, no en los hombres que han de formarlo. Pensamos en lo que conviene a nuestra Federación, no en quienes han de realizar la labor, ni cómo ha de llevarse a cabo.

Esto último lo trataremos en otro artículo.

Enrique SANTIAGO



No es su soberanía lo que el pueblo transfiere por el hecho de votar a tal o cual vecino o ciudadano el día de las elecciones, como no renuncia ni suspende su capacidad jurídica ni su facultad de obrar el individuo cuando confiere poder a uno de sus amigos para que obren por él y le representen en determinados actos, juicios, ventas, transacciones, cobros, casamientos, licencias, donaciones, actos de conciliación, etc.; nombra diputados, concejales y senadores para que se constituyan en órganos suyos de expresión, intérpretes de su conciencia jurídica, y la traduzcan en normas prácticas apropiadas a la satisfacción de las necesidades que al Derecho toca satisfacer; pero conservando íntegra y en ejercicio su personalidad y, por tanto, su potestad soberana, que es inalienable, y con ella el poder de iniciativa para legislar directamente por sí, y, dicho en términos más generales, para elaborar en persona derecho positivo. JOAQUIN COSTA.

Por el secretario retribuido

Cuando transcurría el Primero de Mayo de 1928 juzgábamos que al llegar la misma fecha de 1929 los efectivos de nuestra Federación hubieran aumentado considerablemente, en virtud de la disposición de ánimo que parece se notaba en los trabajadores de las artes del hierro. Desgraciadamente, la dolorosa realidad nos ha evidenciado que si relativamente hemos sufrido algún aumento, cuando menos, no el que esperábamos. Sin embargo, esto no habrá de influir en nuestro ánimo para seguir con tesón, como siempre, aconsejando a nuestros amigos la necesidad de constituir una Federación todo lo potente que está llamada a ser la nuestra.

Pero para ello, y como base fundamental, es imprescindible que, además del entusiasmo de los que hoy constituimos la Federación, busquemos los recursos precisos para el sostenimiento de un secretario retribuido, que de lleno pueda dedicarse a las atenciones de la Federación.

No nos hagamos ilusiones; si queremos una Federación que responda a las necesidades que hoy son inherentes en todo organismo nacional, necesitamos de un hombre que, libre de toda clase de prejuicios, se dedique a atender nuestro organismo.

Recordemos, y esto denota el interés que siempre subsistió por resolver este problema, que en el Congreso celebrado el año 1925 en Bilbao se facultó al Comité Ejecutivo para que la cuota trimestral fuera aumentada en la cuantía necesaria para poder cubrir esta atención; determinación que el Comité Nacional no pudo poner en vigor por razones de oportunidad que, a nuestro modesto entender, fueron algo pesimistas.

Ahora mismo, en los días 23 y 24 del próximo pasado mes de marzo, se reunió el Comité Nacional para examinar cuantas enmiendas presentaban las Secciones al nuevo proyecto de estatutos, y sinceramente hemos de manifestar que, dadas la variedad y complejidad de ellas, no pudo tomar otra determinación que la de someterlas a un Congreso extraordinario, atendiendo al acuerdo del último Congreso. Pero hemos de hacer resaltar que, salvo contadísimas excepciones, las demás niegan el sacrificio que se les pide en el artículo 32, párrafo primero, sacrificio por el cual pudiéramos atender a la intensa campaña de propaganda que necesita una Federación que, cual la nuestra, está en pleno período de reorganización.

No es nuestro propósito el adentrarnos en el régimen interno de las demás Secciones, ya que todas ellas reúnen las características de mayoría de edad, y, como consecuencia, saben muy bien medir las disponibilidades económicas en que se desenvuelven, causa primordial, a nuestro entender, de proceder como lo han hecho; pero tenemos que manifestar, como lo hacían en la sesión de apertura del último Congreso nuestros camaradas extranjeros Conrado Ilg, José Bondas y Ernesto Schaeffer:

«Si queréis tener una Federación de la importancia cual merece la vuestra, necesitáis de un mayor sacrificio económico; de lo contrario, es imposible podáis dotar de vida próspera a vuestro organismo nacional.»

Es evidente que tenemos buenos camaradas al frente de la Federación; pero no se le puede ocultar a nadie que, por el trabajo abrumador que sobre ellos pesa en otro organismo, muy querido por nosotros, en el cual reciben retribución, no pueden atender el nuestro en la medida de lo necesario, cual fueran sus deseos, ya que el tiempo que necesitan dedicar a éste se le absorbe aquél.

Así, pues, bien a la ligera queda expuesto nuestro modesto criterio sobre este problema tan interesante para la buena marcha de nuestra Federación, y esperamos, confiados en el buen deseo de todos los compañeros metalúrgicos, que al conmemorar el Primero de Mayo de 1930 tengamos atendidas, en la amplia manifestación de la palabra, todas las necesidades inherentes a la buena función de nuestro organismo, sin regatear para nada cuantos medios económicos precisen quienes estén a su frente.

Eusebio PEREZ

En la sociedad del porvenir que sucederá a la presente, y de una forma necesaria, pues por ella se engendra, no habrá entre la moral individual y la moral social la pugna que es hoy el más infame estigma del capitalismo.

Mayo y su día

Indudablemente, para los trabajadores y para los socialistas, el mes más simpático del año es mayo, y su primer día, el de más regocijo.

Trae a nuestra mente una serie de recuerdos tan gratos y tan inquebrantables, que, presente la fecha en la actualidad, sentimos un ansia de mejoramiento, de renovación, de investigación, acaso, que nos compensen del período de retraimiento, de indiferencia, de abstención, que hemos atravesado durante unos años, producto o resultado de las equivocaciones sufridas al aceptar, bien por abandono, o bien por incompreensión, las tácticas contrarias a los principios netamente socialistas, y que nos han conducido a la situación actual, situación que justamente tiende a su renovación, evolucionando progresivamente en consonancia con sus únicos factores verdaderos: capacidad y conciencia. Por eso este año conviene señalar más que los anteriores nuestra afirmación sindical y nuestras ideas socialistas. Por eso este año, y en su Primero de Mayo, debemos hacer ostentación de nuestro oportunismo para poder llevar a cabo la obra beneficiosa que pueda recogerse a base de los Comités paritarios, y como consecuencia lógica, nuestra voluntad de vivir en un plan adecuado a nuestras aspiraciones, educándonos lo más rápidamente posible, en el sentido proporcional que necesitamos, para poder actuar profesional y políticamente cuando las circunstancias nos requieran, sin regateos ni apartamientos de nuestro deber como socialistas y como trabajadores.

Y para esto no hay más que un camino, que es el lazo de unión espiritual que nos inquiete para sacrificarnos y que nos garantice el logro de nuestras reivindicaciones.

¡Metalúrgicos españoles! Meditad un momento en la obra comenzada por el nunca olvidado maestro de hombres, Pablo Iglesias, y que su sombra y recuerdo sean la guía verdadera para la consecución de su obra, siempre recordada por nosotros, sobre todo cuando llegan aniversarios como el de Primero de Mayo.

M. SERRA

El Primero de Mayo y su origen

Desde hace cuarenta años que se implantó, viene celebrándose anualmente por los trabajadores organizados de todo el mundo la Fiesta del Trabajo.

Cada año que transcurre, con motivo del Primero de Mayo, suelen hacerse diversos comentarios sobre el origen y significado de esta fecha alentadora para el mundo trabajador.

Se pretende por algunos llevar al convencimiento de las gentes que este día de fiesta, de expansión y confraternidad proletarias, al mismo tiempo que de demostración de su potencialidad colectiva, debe ser día de recogimiento, de dolor por parte de los trabajadores, queriendo relacionarlo con las víctimas causadas en Chicago con motivo de la huelga general y sus consecuencias, en demanda de la jornada de ocho horas, iniciada el 1 de mayo de 1886.

Sin embargo, no hay tal: la fiesta que los trabajadores organizados celebramos en el primer día del florido mes de mayo procede de un acuerdo tomado en el Congreso Internacional Socialista Obrero celebrado en París en el año 1889, y cuyo objeto era el que se celebraran manifestaciones en todos los países, en un día previamente señalado, para entregar a los representantes de los Poderes constituidos aquellas peticiones de mejoras de carácter inmediato, entre las que figuraba en primer lugar la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas.

Como se ve, es muy distinto lo que se pensó en París, para hacer con carácter internacional, y lo que se hizo en Norteamérica en 1886, y que trajo como consecuencia los tristes y tan manoseados sucesos de Chicago, en los que la lucha se llevaba única y exclusivamente al terreno económico, por medio de la acción directa a los patronos, y, por el contrario, la idea que informó el acuerdo de París es de un valor marcadamente político, por cuanto su acción se encaminaba a presionar sobre los Poderes políticos constituidos.

Y no se diga que el Primero de Mayo ha venido mixtificándose en el transcurso de los años, hasta llegar a su forma actual, ¡no! Ante el éxito obtenido por las manifestaciones celebradas en Francia el 24 de febrero de 1889, para pedir al Poder público francés la concesión de algunos beneficios, entre los que, naturalmente, figuraba la jornada de ocho horas, que era aspiración de los obreros de todo el mundo, y del favorable comentario que este hecho produjo en las organizaciones de los distintos países, fué de donde nació la idea de celebrar una gran manifestación internacional, con el mismo objeto, en el año 1890, y posteriormente, en Bruselas, al año siguiente, se acordó darles carácter permanente a estos actos.

Evidentemente, existe una coincidencia en el señalamiento de día para la celebración de estas demostraciones, y esto es debido a que habiendo fracasado en América aquella huelga general de tan funestos recuerdos, acordaron aquellas organizaciones repetir el intento para el 1 de mayo de 1890, y solicitando ayuda moral de los reunidos en París, se señaló entonces este día para celebrar las manifestaciones y presentar las peticiones a los Poderes públicos.

Ahora bien; tanto en este intento, como en el primero de cuatro años antes, se rechazaba toda injerencia política, admitiéndose como único medio la acción directamente a los patronos, si bien esta segunda vez no sería general la huelga, y sí solamente parcial, en determinados oficios; así es que siendo la esencia del Primero de Mayo, como más arriba queda dicho, enteramente política desde su origen, no puede guardar la relación que se le quiere atribuir con los sucesos de Chicago.

Va acercándose ya al medio siglo desde aquella memorable fecha, conseguida ya la jornada de ocho horas en la mayoría de los países, mediante el convenio de Washington, y podemos decir que el alcanzarla ha sido labor política de las organizaciones obreras, que no tendrán que abandonar, si quieren afianzarla hasta conseguir sea ratificado dicho convenio por los Gobiernos de todos los países.

José CALDAS

Escaso espacio...

En una revista bilbaína se publica una estadística del rendimiento de la siderurgia en Norteamérica habido durante los años 1918 a 1928, ambos inclusive. Durante estos años la estadística registra sus altas y bajas. Las cifras correspondientes al año 1928 acusan la producción siguiente, en toneladas: Lingote de hierro, 38.000.000; tocho de acero, 50.400.000; tocho y fundición de acero, 51.350.000.

Según el autor del artículo de que tomamos estos datos, la exportación de aceros durante el año 1928 acusó unos 3.000.000 de toneladas, «destinadas, en su mayor parte, al Canadá, el Japón y las naciones iberoamericanas», y, al final del artículo, dice lo que sigue:

«Escaso espacio queda hoy, ciertamente, a España, por tantos motivos, respecto a venta de sus productos siderúrgicos a través de aquellos pueblos hermanos; debe suponerse, de cualquier modo, le resulte viable, mediante sistemáticas impulsiones, un creciente operar en el ramo por esas tierras, cuando es un hecho incontestable que hallan ahí colocación fabricados procedentes, entre otros centros, de Eibar y Mondragón.»

Optimista se muestra el autor del artículo cuando espera que nuestra industria siderúrgica pueda llegar, «mediante sistemáticas impulsiones», a poder competir con la de Norteamérica.

Bien quisiéramos nosotros participar de ese optimismo, porque ello significaría que veíamos en perspectiva un gran desarrollo de la industria en nuestro país, y, como consecuencia, jornales elevados, reducción de la jornada semanal, un mayor bienestar para los trabajadores en general. Pero no podemos participar de ese optimismo porque en España faltan los elementos valiosos que el propio articulista cita como existentes en Norteamérica. Carecemos aquí de los medios de comunicación indispensables para facilitar el abaratamiento de la producción, que es la base para que pueda prevalecer en el mercado. Carecemos, principalmente, de una industria montada en condiciones de modernidad. Las Empresas españolas están constituidas por capitalistas que, tendiendo a buscar un mayor rendimiento a su capital, son tan

torpes que niegan a la industria los medios económicos indispensables para que pueda producir en mayores proporciones y con su menor coste en la mano de obra. La adquisición de nuevos elementos de producción es algo que asusta a nuestros capitalistas; viven aterrados a la rutina, y en las juntas de accionistas se preocupan, principalmente, por conocer el dividendo que pueda corresponderles.

En cierta ocasión hablábamos con el director de una importante Empresa siderúrgica en los momentos en que se estaba montando un convertidor moderno en la fábrica que él dirigía, y con un tono de abrumador desaliento nos decía: «No saben ustedes la lucha que hay que sostener con los accionistas siempre que se les propone la adquisición de nueva maquinaria. Yo no estaré mucho tiempo aquí.»

Efectivamente. Aquel director estuvo muy poco tiempo al frente de la fábrica, y, después de una junta borrascosa de accionistas, cesaba también en el cargo el administrador, por causas bien distintas a las que habían determinado la dimisión del ingeniero director.

Este caso, el de los accionistas que se resisten a aportar capital para la renovación de los útiles de trabajo, se da en la mayor parte de las Empresas industriales compuestas por capitales del país.

Por esto tememos que la racionalización verdad de la industria tardemos mucho tiempo en verla en España. Y, como es natural, en tanto que nuestra industria no se coloque a la altura de la de otros países, lejos de poder competir en el mercado, lo que hará será vegetar, y, aun esto, gracias a la protección arancelaria que se le dispensa.

Wenceslao CARRILLO

De cara a la "comedora"

Han sido nombrados socios de honor del Sindicato libre de Cocineros los escritores Dionisio Pérez y Alberto Insúa. Los correspondientes títulos les fueron entregados ayer tarde en el homenaje rendido al cocinero del duque del Infantado, señor Bardaji.

Presidió el acto el director de Administración local Sr. Vellando, y estuvieron presentes los Sres. Ramón Sales, presidente de la Confederación de Sindicatos Libres de Cataluña; el asambleista Sr. Puyuelo, el padre Gafo y los escritores Hernández Catá y D. Antonio Zozaya.

(De Heraldo de Madrid.)

Esos escritoresseudorradicales, como Dionisio Pérez, Alberto Insúa, Hernández Catá y Antonio Zozaya, son de los que por sus mesas de tertulia preguntan: «¿Qué hace la Unión General de Trabajadores?»

Pues hace esto: no rendir honores a gente que no los merece, y deja que el olor del bistef una a todos los que nos combaten.

Nuestros muertos

Vigo.—El día 6 de abril falleció, víctima de traidora enfermedad, nuestro compañero José Puga Prieto, perteneciente al Sindicato Metalúrgico de Vigo. Era el compañero Puga un entusiasta defensor de nuestra organización, por cuyo engrandecimiento venía laborando desde distintos puestos de su Junta directiva, de la que formaba parte en la actualidad.

Pertenecía también a la Agrupación Socialista de Teis desde su fundación.

A la conducción del cadáver asistieron gran número de trabajadores, siendo sacado el féretro en hombros de cuatro compañeros del Sindicato de Vigo. A sus familiares acompañamos en su justo pesar.—C.